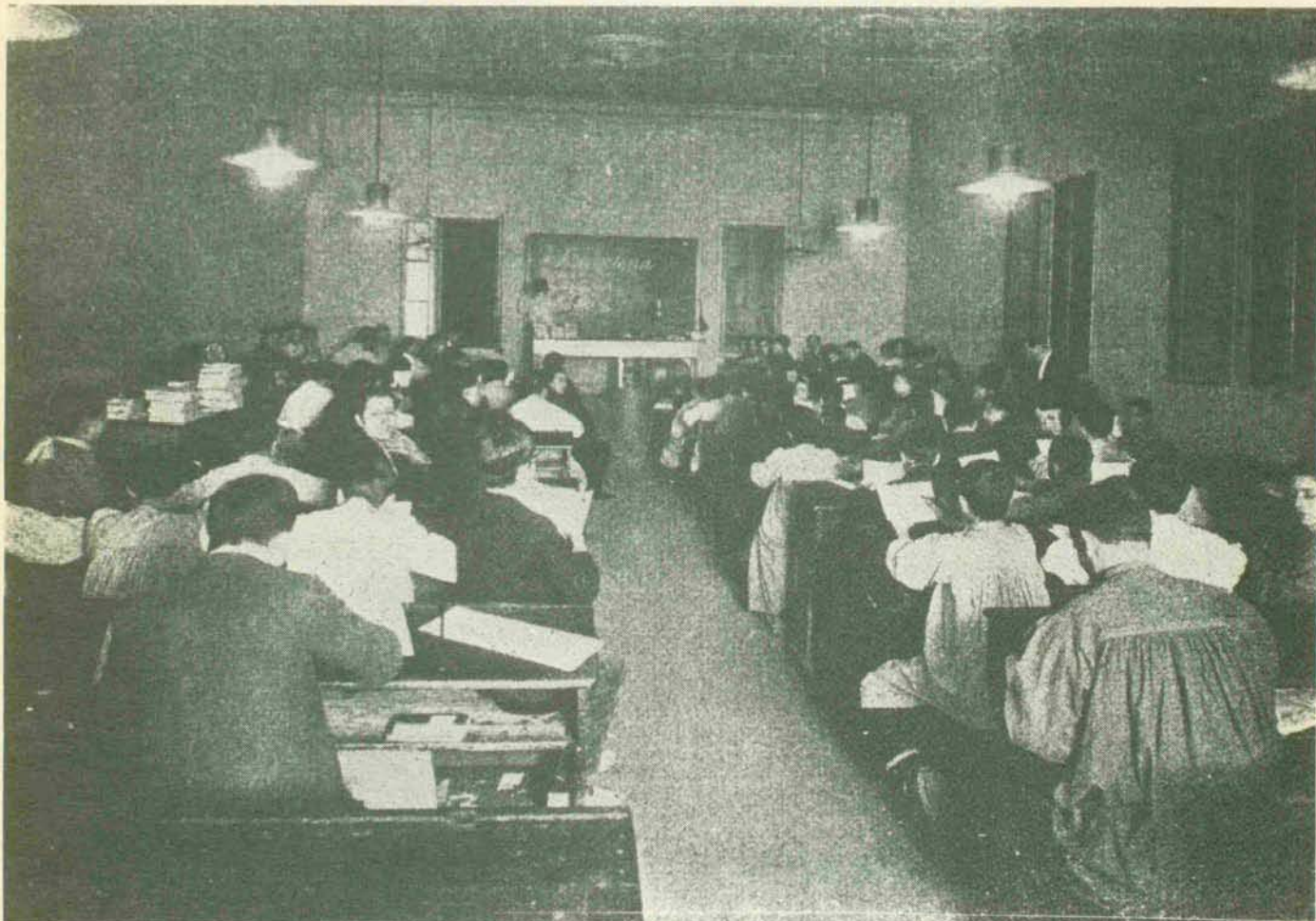


# Cultura de masas en Cataluña, 1931-1936



En la Cataluña republicana de los años treinta, y pese a una coyuntura socioeconómica realmente tensa, se plantearon importantes problemas relativos a la especificidad y caracteres de una cultura obrera como alternativa revolucionaria. En la imagen, aspecto de una clase nocturna para trabajadores en un ateneo popular barcelonés durante este período.

## Pere Solà

**H**AY montones de artículos, memorias y manuales sobre nuestra Segunda República en sus aspectos político, social y económico. Pero existe un aspecto tratado muy marginalmente en todos ellos y que sin duda merecería más atención de la que habitualmente se le ha venido dando. Me refiero al papel, al importante papel, jugado por la llamada «cultura de masas» a lo largo del período 1931-1936. Qué características presentaba aquélla y cómo interfería dialécticamente con la praxis social y política, es lo que trataré de poner de relieve en este artículo.

## I. PROBLEMAS CULTURALES ESPECIFICOS DE CATALUÑA

Voy a centrarme en Cataluña, unidad bien diferenciada en aquellos momentos en el marco de la naciente República. Por un lado el proceso industrial catalán había atraído, a lo largo de la década anterior (de 1921 a 1930), a un número inaudito de inmigrantes rurales. Sólo el 28 por 100 del aumento global de población catalana se debía al crecimiento natural. El resto —casi 350.000 personas— resultaba del movimiento migratorio<sup>1</sup>.

Otro factor diferenciador, con relación a las restantes áreas industrializadas del Estado, era el predominio ideológico casi absoluto, entre la clase obrera, del movimiento anarcosindicalista. Como se sabe, desde 1910, la C. N. T. encuadraba a los sectores más combativos del proletariado catalán. En fin, otro elemento específico de Cataluña era la existencia de una elevada conciencia nacional, que se manifestó de modo transparente con ocasión del llamado Estatuto de Nuria, que fue plebiscitado el 3 de agosto de 1931 con algo más de un 97 por 100 de votos a favor, sobre el total de los votos emitidos. Con todo, en Barcelona capital, el abstencionismo y los votos negativos, nulos y en blanco alcanzaron casi el 38 por 100, mientras que en Barcelona (provincia) se situaron alrededor del 15 por 100.

En Cataluña, y muy especialmente en Barcelona y lo-

calidades industriales próximas, los efectos de la inmigración empezaban a acusarse lo bastante como para dar lugar a un verdadero debate sobre el presente y el futuro de la cultura y de la propia identidad cultural y nacional. Unos hablaban de la «castellanización» de Barcelona; otros —más optimistas en cuanto a la integración del contingente forastero— consideraban que más importante que esta «castellanización» demográfica era la catalanización constante y progresiva que se iba operando a lo largo de la República, ca-

talanización que afectaba no sólo a Barcelona sino a toda Cataluña. Un publicista de la Prensa obrera, Angel Estivill, llegaba incluso a afirmar en 1935 que «es un hecho, que no puede desmentir ninguna estadística de inmigración que los obreros leen, cada día más, prensa y libros catalanes. El éxito de los libros de Aymami, de Foix y del mío propio, con cifras de venta jamás soñadas para libros catalanes, lo demuestra. Y si alguien dijese que esto es accidental, provocado por la misma magnitud de los hechos comentados, le contestaré que no hace mucho

## AL PUEBLO ESPAÑOL

**Ha sido proclamada la República en España.**

**El nefasto Borbón que nos tenía la argolla al cuello, ha tenido que dejar el poder.**

**El Ayuntamiento, la Diputación, Correos y Telégrafos, están en manos del pueblo. Para sancionar estos hechos, el pueblo debe manifestarse en la calle.**

**No nos entusiasma una República burguesa, pero no consentiremos una nueva dictadura.**

**Contra una posible reacción de los elementos armados, el pueblo debe estar en pie.**

**Si la República ha de consolidarse será indudablemente contando con la organización obrera, de lo contrario, no será.**

**Como condición previa, exigimos la inmediata libertad de todos nuestros presos.**

**Después de esto, primordialísimo, impondremos otras condiciones.**

**LA CONFEDERACION REGIONAL DEL TRABAJO DE CATALUÑA DECLARA LA HUELGA GENERAL Y ESTA A LA ESPECTATIVA DE LOS ACONTECIMIENTOS.**

**¡¡Por la libertad de los presos!! ¡¡Por la revolución!!**

**¡Viva la Confederación Nacional del Trabajo de España!**

**Quedan exceptuados del paro los obreros de la Alimentación, Limpieza, Agua Gas y Electricidad, Prensa, Ferroviarios y Sanidad.**

**Por la organización obrera,  
Comité Regional de Cataluña, Federación  
Local de Sindicatos de Barcelona**

<sup>1</sup> En el mismo periodo, 1921-1930, el saldo migratorio del otro gran centro de atracción, Madrid, fue de 219.600, según García Barbancho. Véase Tamares: *La República. La era de Franco*. Alfaguara, Madrid, 1975.

Llamamiento del Comité de Cataluña de la Federación de Sindicatos de Barcelona (anarcosindicalista), al día siguiente de proclamarse la II República. Esta, en su Constitución, declaraba que «el servicio de la cultura es atribución esencial del Estado».

tiempo todavía la Prensa catalana vivía milagrosamente (precariamente), y actualmente es un diario catalán el segundo en la escala de ventas en Cataluña. **La Humanitat**, diario republicano-demócrata, pero que leen —desgraciadamente no existe ninguno obrero publicado en catalán— los trabajadores de toda Cataluña y que, debido a esto, cuida más que ninguna otra sección la que se refiere a trabajo, es el que, después de **La Vanguardia**, más se vende en nuestra tierra»<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Véase Estivill, A.: «A propòsit d'estadístiques», **L'Hora**, n.º 50, tercera época. Palma de Mallorca, 13-IX-1935.

## II. LA «CULTURA DE MASAS» EN EL PANORAMA EUROPEO

En este contexto debemos situar la dinámica cultural «de masas» en la Cataluña republicana. Hay que tener presente que lo que filósofos y sociólogos llamaban «protagonismo de las masas» o «irrupción de las masas en la historia» constituía un fenómeno que, desde la primera Revolución Industrial, y en cierto modo a remolque de los profundos cambios operados en la tecnología y los medios de comunicación de masas (radio, etc.), no había dejado de crecer en impor-

tancia. Se trataba de un fenómeno universal, igualmente presente en los países industrializados de Occidente que en la U. R. S. S. La «cultura de masas» como hecho irreversible era objeto de muy diversas valoraciones en función de las principales estrategias político-sociales existentes. En la Europa de los primeros años 30 el debate cultural-político giraba en torno a tres opciones o proyectos culturales. En primer lugar, el **fascismo** que había conseguido aglutinar, sobre la base de una mística autoritaria y pseudo-revolucionaria, las aspiraciones de una pequeña burguesía radicalizada y enardecida. En cierto modo, el fascismo-nazismo representaba una respuesta al reto del modelo soviético. La **revolución bolchevique** había causado un impacto enorme en las organizaciones obreras y en la intelectualidad de las democracias liberales. La construcción del socialismo y de una nueva cultura obrera suscitaba un interés, cada vez más crítico, por parte de aquéllas. De modo que, junto a un movimiento de adhesión incondicional a Stalin y a sus directrices, ya mucho antes de su acceso al poder (sindicalismo revolucionario en Francia, anarcosindicalismo en España), el modelo soviético político-cultural fue juzgado con ojos críticos o rechazado. Al lado de esta primera oposición de izquierdas al proyecto soviético, surge luego otra: la acaudillada por Leon Trotski, quien en 1932 podía escribir que «la liquidación de la grosera tutela mecánica, ejercida por la burocracia staliniana sobre todas las formas de creación espiritual, es la condición indispensable de un incremento del valor literario y cultural de los jóvenes elementos proletarios en la



La existencia de una elevada conciencia nacional en Cataluña se manifestó de modo transparente con ocasión del llamado Estatuto de Nuria, plebiscitado el 3 de agosto de 1931 con algo más de un 97 por 100 de votos afirmativos. En los días anteriores a dicho plebiscito, la foto recoge una invitación al «sí» insertada por un periódico catalán.

URSS por el camino de la cultura socialista»<sup>3</sup>.

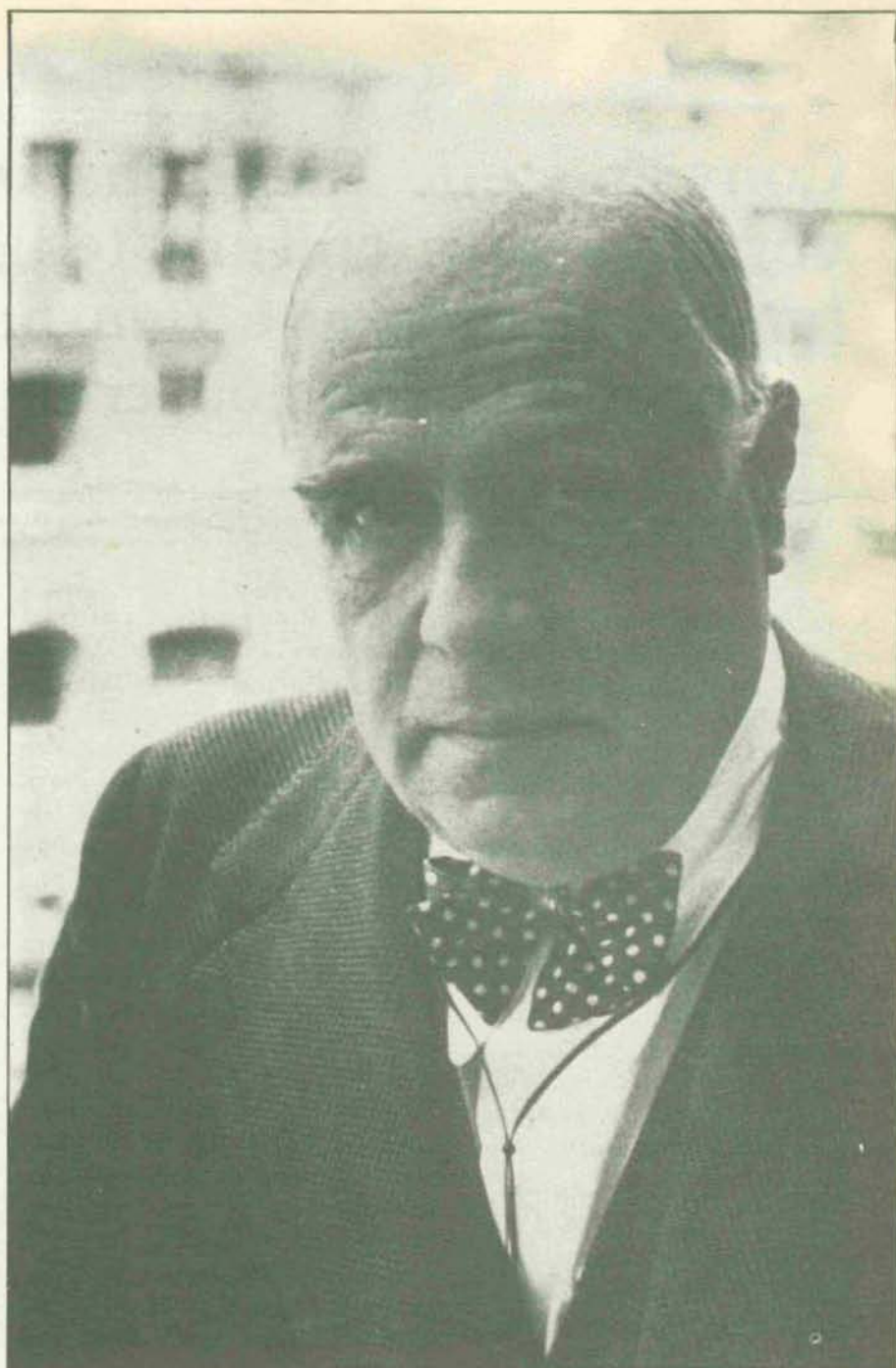
Un tercer proyecto cultural, que en cierto modo se colocaba ahora en una actitud defensiva, era el viejo **modelo demo-liberal**, al cual permanecía adicta parte de la intelectualidad europea. En el Estado español, pensadores procedentes de esferas «académicas» como Eugeni d'Ors u Ortega y Gasset se esforzaron en las dos décadas precedentes en insuflar energías a dicho modelo liberal, no sin caer a veces en actitudes recelosas —cuando no francamente contrarias— a las «masas» y a su cultura. A todo ello hay que añadir, en el caso de España, el rearme ideológico-cultural de signo tradicionalista y católico-conservador operado a lo largo de la II República y en especial durante el Bienio Negro. Ni que decir tiene que, con la victoria franquista, el modelo cultural que se impuso fue una amalgama del tradicionalista y el fascista a que antes me he referido<sup>4</sup>.

### III. LA POTENCIACION DE UNA CULTURA DE MASAS REPUBLICANA

Pero volvamos al comienzo de la República en Cataluña. La República era, por definición, un régimen basado en el consenso democrático. Las leyes republicanas sancionaban, por lo menos en teoría,

<sup>3</sup> Véase Trotski, Leon: **Sobre arte y cultura**. Alianza Editorial, 1971, pág. 173 (Carta a M. Paríjanin). V. también Serge, Víctor: **Litterature et révolution**. Maspero, París, 1976.

<sup>4</sup> Dicho rearme católico-conservador en los campos cultural y educativo, está bien expuesto por Mariano Pérez Galán en su libro **La Enseñanza en la Segunda República**. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1975, aunque desde una óptica excesivamente «central».



«Eugeni d'Ors —al que vemos— inicio ya hace tiempo una época de predominio de los poetas, de los «snobs» y de los profesores, gente toda ella incomunicada del pueblo», se escribía en «L'Opinió» ya durante 1928. D'Ors, como Ortega, representó un tipo de cultura recelosa ante las masas populares.

el protagonismo de las masas, pero no como multitud amorfa e invertebrada, sino como suma de individuos responsables que expresaban sus preferencias mediante el voto y la elección de representantes a las diversas instancias de gobierno. Las mejores energías del nuevo régimen debían destinarse a la formación desde la base, es

decir desde la infancia (por la educación), de ciudadanos demócratas. En este sentido, la Constitución de la República Española (1931) afirmaba taxativamente que «el servicio de la cultura es atribución esencial del Estado» y establecía que «la Enseñanza será laica, hará del trabajo el eje de su actividad metodológica y se inspirará en

## LABOR CULTURAL

# Conviene que todas las iniciativas favorables a la cultura tengan una base funcional más que una base orgánica, porque la función crea el órgano

Justa o equivocadamente, la Prensa anarcosindicalista valoraba en gran manera la labor cultural. Sirva como ejemplo este titular de «Tierra y Libertad» (3-IX-1936), donde se hacía un llamamiento a una cultura de «base funcional» frente a la de «base orgánica».

*ideales de solidaridad humana». Y de modo coherente, se fijaba la gratuidad y obligatoriedad de la Enseñanza Primaria. Y, en la misma línea de estos puntos del Artículo 48 de la Constitución, se pronunciaba el Artículo 98 del anteproyecto de Constitución de Cataluña de 1932, al indicar que la Enseñanza «oficial que se organice en Cataluña de acuerdo con el Artículo séptimo del Estatuto, deberá ser laica e inspirada en los ideales de trabajo, justicia social y solidaridad humana».*

Se trataba, pues, de reforzar no sólo las instituciones republicanas sino también una mentalidad de masas republicana. Y si esto era vital para el naciente régimen a nivel estatal, más lo era si cabe en la Cataluña autónoma, donde la principal organización sindical que encuadraba un sector mayoritario de la clase trabajadora bien pronto empezó a mostrarse hostil a una República y a una autonomía que introducían únicamente cambios formales y cuyas promesas cada vez sonaban más a vacío, en la medida en que las condiciones de vida de las clases explotadas se degradaban más y más.

Queda, por lo tanto, claro

que sin una política cultural de masas la República no podía afianzarse. Había que sustraer a las masas del influjo de las corrientes ideológicas anti-republicanas. Pero, ¿cómo? Se daba el caso de que la ideología y cultura que las fuerzas republicanas del primer Bienio debían transmitir, difundir, había sido hasta el momento patrimonio de minorías vinculadas a esferas académicas y siempre dentro de las coordenadas culturales de la burguesía. A lo sumo había afectado a una cierta «aristocracia obrera». Pero, en conjunto, puede afirmarse que la orientación cultural institucionista, exactamente igual que en Cataluña el «Noucentisme» orsiano y pratedelarribiano (permítaseme el barbarismo) y la cultura **normalizada** que de él deriva, no eran en absoluto patrimonio de las clases populares.

#### IV. EL DIVORCIO ENTRE OBREROS E INTELLECTUALES

Todavía en el área geográfica del Estado donde el partido socialista y la UGT predomi-

naban, en especial en Madrid, se había producido cierto **transvase** de los puntos de vista institucionistas a las masas obreras. El fenómeno venía de lejos. Pero en Cataluña las directrices culturales liberal-burguesas del **Noucentisme** resultaron siempre algo por completo ajeno a las necesidades y expectativas de la clase obrera. Con el agravante de que el desfase entre la alternativa cultural liberal-burguesa y los trabajadores se había acentuado si cabe en la tercera década de siglo, coincidiendo con la radicalización de los conflictos sociales y el paréntesis de la Dictadura. Y hasta tal punto es ello cierto que, a finales de aquélla, concretamente a últimos de marzo de 1928, un miembro de la «intelligentsia» catalana llevaba a cabo desde las páginas del semanario **L'Opinió** un verdadero «*mea culpa*», entre agudo y moralizante, de lo que él denominaba «*el divorci entre els obrers i els intel.lectuals*». Opiña dicho autor que «*por distintas razones la obra de nuestros intelectuales ha caído casi toda en zona burguesa, socialmente afecta a la derecha, de nuestro pueblo*», cosa que no ha ocurrido en los restantes movimientos proletarios de Europa, donde figuran al

frente grandes intelectuales, sabios y profesores.

Y prosigue su dictamen (traduzco del catalán):

«Nuestros intelectuales, en general, se hallan muy lejos de esta actitud. No tienen ni la sensibilidad, ni la generosidad necesarias para ponerse al lado de los trabajadores. Por esta razón, nuestra terapéutica social apenas posee más que dos sistemas exclusivos, extremos y apuros: la beneficencia y la mala fe. Por esta razón, en nuestra dulce Barcelona las cosas van tan bien para los señores de Sarrià y se pudren de miseria los ciudadanos de las barracas.» El divorcio entre la intelectualidad y el mundo obrero es, en opinión del articulista, suicida: «Tenemos que reconocer que a los intelectuales jóvenes les ha faltado, en interés de la colectividad, sentido táctico. La gene-

ración anterior, la de los 45 años para arriba, demostró ser más práctica, más política, que la nuestra. (Pero) Eugeni d'Ors inició ya hace tiempo una época de predominio de los poetas, de los «snobs» y de los profesores, gente toda ella casi incomunicada del pueblo (...). Si entonces no se sentía la política, mucho menos podía sentirse la lucha de clases. Comprendemos perfectamente que para un literato distinguido aquella lucha no podía tener ninguna amenidad. Le resultaba más grato entregarse a la contemplación de las cosas plácidas. Era necesario un poco de buena voluntad para acercarse al espectáculo de nuestras organizaciones obreras, mezcla caótica de misticismo y de energumenismo, de candidez y de perversidad. En conjunto, daba la impresión de un caso de patología colectiva». Y frente a ello

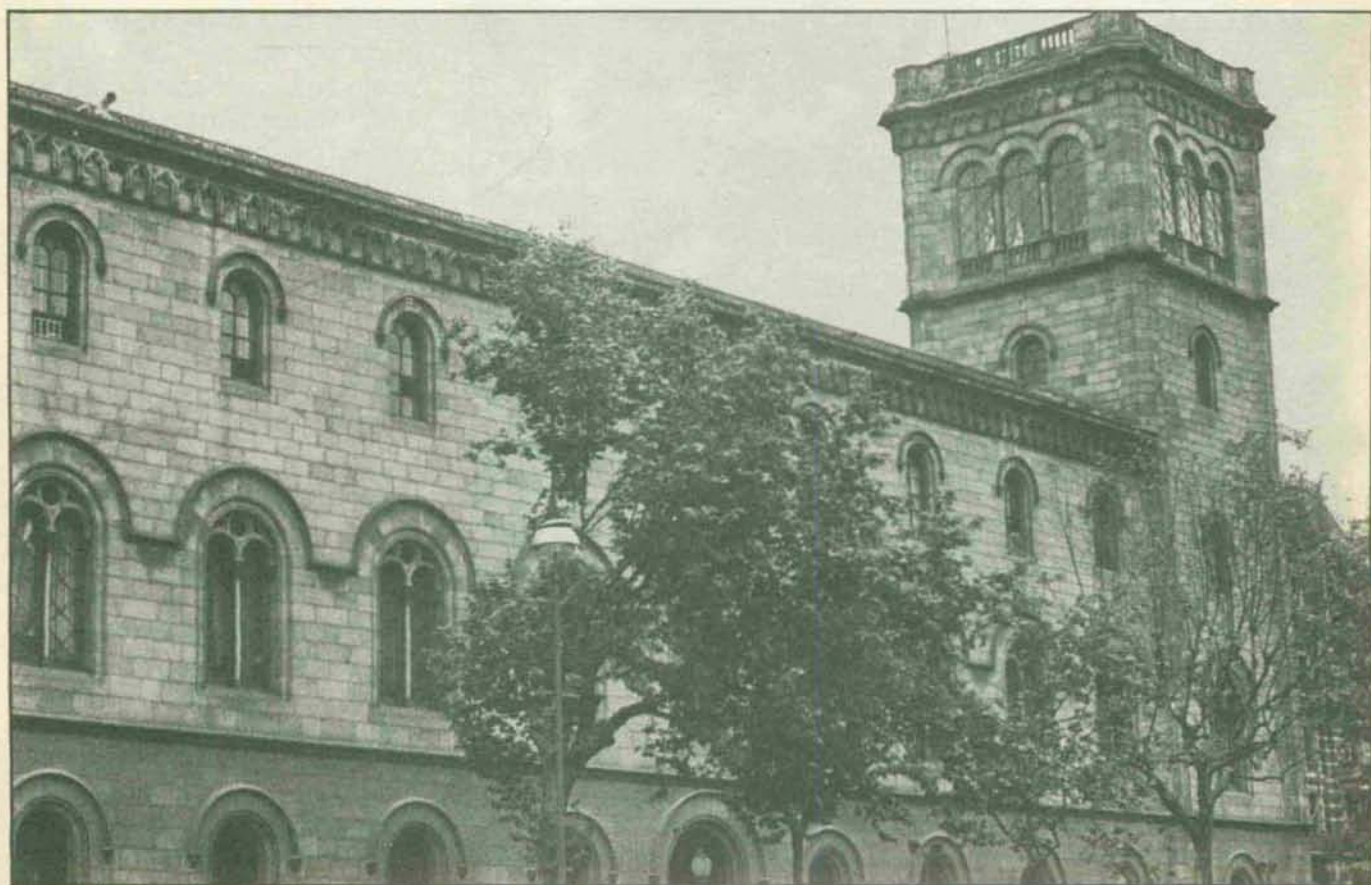
lo más cómodo era desertar...<sup>5</sup>.

A la vista de este divorcio, se trataba por parte de las fuerzas republicanas catalanas de incidir en una cultura de masas y de orientarla partiendo de una situación desfavorable.

## V. LOS ATENEOS Y LA CULTURA OFICIAL DE LA GENERALITAT

En Cataluña existía de antiguo un vasto y rico movimiento cultural popular. Ciertamente, la cultura autónoma que cultivaban las numerosas entidades y ateneos de ciudades y pueblos, y de las barriadas de Barcelona, constituía un panorama

<sup>5</sup> L'Opinió (Barcelona), 17-III-1928. Sobre el fugaz coqueteo de Eugeni d'Ors con la izquierda, véase Jordi Enric: Eugeni d'Ors, vida i obra. Aymà, Barcelona, 1967, págs. 225, 345.



El edificio de la Universidad de Barcelona puede simbolizar certeramente una cultura oficial y académica que no correspondía a los intereses del proletariado, sobre todo en una época en que éste surgió con tanto ímpetu como la II República.

exuberante y algo deficiente e inconexo. Pero representaba un esfuerzo voluntarista de autoeducación, de autoformación obrera y menestral, que difícilmente podían estar dispuestos a reconocer los directores culturales del **Noucentisme**. Este movimiento cultural popular había aprovechado las facilidades que ofrecía la legislación vigente en relación al derecho de asociación con fines culturales y a la libertad de

expresión. Pero topó periódicamente con disposiciones represivas cada vez que se enrarecía el clima social. Muchos centros republicanos, laicos y anarquistas de cultura popular habían sido clausurados en la última década del XIX, después de la Semana Trágica y antes y durante la Dictadura de Primo de Rivera.

Ahora bien, ¿qué hicieron los directores culturales republicanos —en especial de 1931 a

1933— con este rico movimiento popular autónomo, tan amplio como deshilachado? Pues, sencillamente, trataron de aprovecharlo y encauzarlo. ¿De qué manera? Haciéndolo funcional, utilizando su potencial. Se produjo entonces una clara disociación entre los centros que aceptaron este rol funcional de colaboración con la Generalitat y los que no lo aceptaron, entre colaboracionistas y recalcitrantes. Entre éstos hay que señalar sobre todo a los ateneos libertarios. Entre los que aceptaron el rol funcional citemos el Ateneu Politécnic, el Ateneu Enciclopèdic Popular y el Centre de Dependents del Comerç i de la Indústria (CADCI).

Se comprende que la labor de culturización, hecha a partir de unas premisas republicanas nacionalistas, fracasara, por lo menos en buena parte. La Esquerra tenía en su contra a la organización más importante de la clase obrera, la CNT-FAI. Su programa cultural se situaba casi totalmente dentro de unos cánones ideológicos burgueses contrapuestos a los intereses de los trabajadores, quienes —por ejemplo— se manifestaban en favor del control obrero de los medios de producción y la abolición de la propiedad privada.

Podrá argüirse que la relativa impermeabilidad de la clase obrera catalana a los planes culturales de la Generalitat se debió al factor lingüístico, a la barrera que suponía un intento de culturización hecho en un idioma hasta cierto punto extraño a la clase obrera inmigrada. Pero éste es sólo un aspecto derivado de la problemática que exponemos aquí, y en bastantes ocasiones un falso problema: la mayoría de sin-



La viabilidad de una cultura obrera en el seno de un régimen capitalista, y las características que aquella debía revestir en un régimen socialista hasta llegar al comunismo, eran objeto de un debate especialmente apasionado durante la década de los treinta. (Reproducimos el cartel de la «Exposició del Nu» celebrada en Barcelona el año 1933.)

dicalistas catalanes que yo he tratado (de la vieja CNT) tanto en territorio español como en el exilio, hablan catalán, sea cual fuere su origen geográfico. Por otro lado, no faltaron los intentos realizados desde organizaciones obreristas minoritarias por conjugar las reivindicaciones nacionalitarias con los intereses de las clases explotadas. En este sentido, sobresale por su nivel intelectual la labor de los marxistas del BOC-POUM. No hay, a mi juicio, vuelta de hoja: el verdadero obstáculo con que topó la labor de culturización de la Esquerra residió en el carácter de clase de las propuestas del grupo político mayoritario en Cataluña. Carácter de clase que una orientación paternalista y vagamente socializante no lograba ocultar.

## VI. ¿EXISTIA UNA «CULTURA OBRERA» A LA ALTURA DE LAS CIRCUNSTANCIAS?

Hasta aquí hemos visto un movimiento cultural tradicional de base, rico y caótico al mismo tiempo, con muchas lagunas y sin excesiva coordinación. Y, junto a él, el proyecto cultural de la Esquerra que difícilmente se abría camino, si es que lo lograba, entre la clase obrera catalana.

Ahora cabe dar un paso más y preguntarse si realmente existían las condiciones y el hecho de una «cultura obrera» en la Cataluña del período republicano. La problemática de la viabilidad de una cultura obrera en el seno de un régimen capitalista, y de las características que aquélla debía revestir en un régimen socialista hasta lle-



Aquí estuvo situada una importante escuela racionalista, cuyo funcionamiento a lo largo de veinte años se vio incrementado en la etapa republicana. Situada en El Clot (Barcelona), en la sede del Sindicato Fabril y Textil de la CNT, dicha escuela —como el resto del edificio— sería incautada tras la guerra civil por los falangistas.

gar al comunismo, estaba en aquellos momentos de rabiosa actualidad<sup>6</sup>. En España, y más concretamente en el área de influencia del anarcosindicalismo, la respuesta a aquella problemática había consistido tradicionalmente en demostrar por los hechos la viabilidad de una cultura obrera generada a partir del sindicato, la

organización por excelencia de los trabajadores. Según el sindicalismo revolucionario, el sindicato era una especie de demiurgo y al mismo tiempo prefiguración de la sociedad sin clases. En este sentido, la formación pedagógica y cultural de las clases explotadas no podía aplazarse. De ahí la gran importancia concedida en medios sindicalistas a la labor cultural.

<sup>6</sup> Véase Trotski, *op. cit.* pág. 172, donde transcribe la tesis de Lenin (contra Bujarin) en el sentido de que «en la medida en que una cultura es proletaria, no es aún cultura. En la medida en que existe una cultura, ya no es proletaria». Trotski apostilla: «Mientras más el proletariado, ya en el poder, eleve su propia cultura, más cesará ésta de ser una cultura proletaria, haciéndose cultura socialista».

## VII. LA IDENTIFICACION: CULTURA CATALANA IGUAL A CULTURA BURGUESA

Ahora bien, ¿hasta qué punto esta valoración de la labor





La realidad cultural catalana entre 1931 y 1936 ejemplifica la extraordinaria dependencia de la cuestión cultural respecto a los planteamientos políticos y sociales, reflejo y respuesta a su vez de lo que pasa en la calle. Contemplamos sobre estas líneas alguna propaganda política para las elecciones al Parlamento de la Generalitat.

cultural-formativa en la praxis sindical dio realmente lugar a una producción cultural basada en unos presupuestos ideológicos de clase y al servicio de esta clase? Es una cuestión insolventable desde presupuestos medianamente mecanicistas. Lo único que se puede afirmar es que en la Cataluña republicana había núcleos obreristas minoritarios que cultivaban, valga la redundancia, una cultura social-demócrata o marxista-leninista. Y un sector mayoritario del proletariado afecto al anarcosindicalismo y a sus valores ideológico-culturales, entre los cuales podríamos indicar una tendencia, algo simplista y anacrónica ya por los años treinta, a un enciclopedismo de corte darwinista, autodidactismo, solidaridad de clase, tendencia a la valoración ética de la praxis político-social, primado del imperativo moral, democracia directa, autogestión, etc.

Aquí cabe preguntarse hasta qué punto unos y otros pro-

ducían cultura o producían propaganda. Se trata, en mi opinión, de un falso dilema: es imposible deslindar una de otra. O, en última instancia, hay que hacer esta distinción con pinzas, sobre todo en una situación de relativa o franca hegemonía de las ideologías burguesas. En una situación de dominio ideológico burgués (paralela a una situación de dominio por parte de esta clase social de los resortes económicos y estatales), está claro que una alternativa cultural obrera no reformista y conciliadora sólo puede asumir caracteres defensivo-ofensivos. De ahí que en este caso la producción cultural «de clase» tienda a convertirse en propaganda. O, mejor, a aparecer en forma de propaganda. Esto explica muy bien otro de los rasgos de la cultura obrera de estos años: el valor concedido a la preparación retórica, a la oratoria<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> En los ateneos libertarios y en la prensa sindicalista, faista o treintista, se daban lecciones de retórica. Tradi-

Ahora bien, se da el caso de que esta cultura-propaganda obrera lleva implícita una visión cultural crítica: se rechaza la cultura dominante burguesa y sus instituciones. En algunos casos, globalmente; en otros, el rechazo no es total y salvaguarda o defiende parcelas de la cultura dominante: pensemos en la valoración positiva a que se ven sometidas determinadas corrientes literarias burguesas o algunos de los adalides burgueses de movimientos artísticos de vanguardia o de «ex-vanguardia», como el Modernismo, como Ibsen.

En el caso de Cataluña, semejante antagonismo adopta la forma de postura hipercrítica con relación a la cultura catalana. Se tiende a identificar, equivocadamente o no, cultura burguesa (extraña a los intereses y necesidades del pueblo) y cultura catalana. Dicha identificación la efectúan mucho más fácilmente los anarquistas,

cionalmente, la cultura obrera ha sido mucho más una cultura oral que una cultura escrita.

